

engañarnos: bajo su indecible heterogeneidad la esencia personal humana continúa inalterable y única.

Ahora bien: en orden a la conducta histórica, el hombre se manifiesta según cuatro fundamentales modalidades, cuatro tipos ideales de individualidad: político, religioso, teorético, estético. Esta diversidad para nada afecta a la unidad psíquica y vital del ser humano. Se fundamenta de modo exclusivo en las cuatro maneras esencialmente distintas de relacionarse con el mundo. Cada una de estas maneras da lugar a un tipo especial de actos individuales, y la infinita multiplicación de estos actos, a su vez, origina procesos históricos cualitativamente distintos.

De ahí que existan cuatro procesos históricos—el religioso, el político, el teorético y el artístico—susceptibles de formularse según una dinámica o unos principios peculiares. En cualesquiera de esos procesos, se producen realidades históricas concretas, por ejemplo, el Imperio romano, el franciscanismo, el gótico o el idealismo alemán, citando una realidad concreta de cada uno de los cuatro procesos.

Pues bien: cualquiera de esas realidades históricas, o cualquier realidad histórica concreta—pasada o posible—se resuelve, llevada a un último análisis, en una serie múltiple, inmensa, de realidades psíquicas, de hechos de conciencia, de vivencias producidas en individualidades humanas. Lo histórico es, pues, en último análisis, algo subjetivo, algo radicado en la intimidad del hombre, apoyado en la voluntad individual, movido por la libertad espiritual y moral del individuo.

Semejante concepción no puede establecerse sino partiendo de un categórico reconocimiento de la creatividad personal como factor histórico decisivo. La creatividad, a su vez, se apoya en la zona ardiente y abisal

